



## Isabel Barragán de Turner, académica\*

---

POR PABLO PINILLA CHIARI

Miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua

---

“Porque donde falta el gusto / no sobra el sentimiento” (dijo alguna vez Lope de Vega), mis palabras de hoy se inspiran en los más sinceros deseos de recoger los sentimientos que me embargan, en mis mejores expresiones.

Difícilmente tenemos momentos de satisfacción espiritual que excedan al que proporciona este acto, solemne y público, que se cumple en la Academia Panameña de la Lengua, para recibir formalmente en su seno a la nueva académica de número Isabel de Turner.

D. José María Pemán, en su discurso de contestación al de D. Julio Rey Pastor cuando este fue recibido en la Real Academia Española, dijo:

Porque la tarea de una academia de la lengua está a medio camino entre la pureza de la ciencia y el temblor de la vida necesita reunir en su seno a los cultivadores de una máxima variedad de disciplinas que compongan en torno a su mesa de trabajo como una miniatura de la vida, de la que la lengua es expresión.

Consecuente con este postulado, que no ha menester ulteriores razonamientos, la Academia Panameña de la Lengua, que efectivamente necesita reunir también en su seno a los cultivadores de la lengua (*veritas cultores*, «los que rinden culto a

---

\* Discurso de bienvenida a D.<sup>a</sup> Isabel Barragán de Turner como miembro de número de la Academia Panameña de la Lengua, 16 de diciembre de 1995.

la verdad»), aquellos que no se quedan únicamente en el homenaje externo de respeto y admiración estimables (de la lengua), sino que le brindan de igual modo la labor necesaria para que se mantenga en su pureza y fructifique, ha elegido a la Dr.<sup>a</sup> Isabel Barragán de Turner. Pero sin olvidarse de que ‘pureza’ y ‘perfección’ de la lengua) significan la “palabra bien dicha”, distante de la actitud y disposición academicistas del siglo xviii, porque ningún académico desea regresar al «casticismo», entendido como un retorno al arcaísmo, ni al «purismo», si la pureza que se persigue no es natural.

Desde luego que respaldan a la nueva académica otras virtudes añadidas que la colocan en los más estimables niveles de excelencia. Sobresalen las resonancias de su legítima formación universitaria, no despreciable labor literaria realizada ya, además de otros valores y disposiciones de naturaleza elevada que, aunque ella trate de no mostrar, afianzan lo convenido y respaldan su entrada en la Academia.

No diré, como usualmente se dice en estos casos: *¿Por qué yo, carente de méritos campantes, he sido elegido para darle el abrazo de bienvenida a la nueva académica?* Solo se puede decir, para que el gesto (de modestia socrática) tenga valor, que no se sabe nada cuando se sabe mucho. Lo otro... sería ingenuidad o necedad de necedades. (*Mataiotes mataioteton kai panta mataiotes*). Lo que sí puedo decir, sin embargo, y en efecto digo, es que la satisfacción espiritual que resulta de esta elección compensa colmadamente los esfuerzos intelectuales que puedan empeñarse. Porque, aunque solo sea como acólito, y un poco desde la sacristía menor, tengo que encontrarme en estado de gracia también, en este ritual, más ceremonia que regla, que celebramos aquí, hoy.

Con el airoso discurso, el discurso de admisión «El español, una lengua en pie de guerra», que hemos escuchado, necesario y promisorio, a la vez, se cumple con el mandato de los Estatutos académicos. Y se cumplen igualmente las tácitas exigencias de la sucesión académica.

En los estudios, obras y actuaciones de la nueva recipiendaria se conjugan muy altos valores intelectuales. Por eso, cualquier juicio o parecer referido a la poesía, a la prosa y a la crítica literaria, que emita, tendrá la peculiaridad de mover, con razones, porque fija y da color a los límites que se plantea.

No es menester repetir que se puede participar de las manifestaciones de la belleza o del sentimiento estético del verso o de la prosa incluso sin estar dotado de las facultades necesarias para componer poesía, o para “ver en las cosas una condición suprema que las hace dignas del arte” (según decía Valle Inclán). No está entre las preferidas de Euterpe, pero a Isabel no le es ajeno aquel vasto más allá (de Lucrecio) “sin murallas del mundo”, donde se llega sin impedimento, sin trabas, a través de la sublime poesía (*Vida y literatura en la República Romana*, de Tenney Frank). Es el sentido más puro que tienen las palabras (en poesía), según Mallarmé («Soneto fúnebre a Edgar Allan Poe»).

Ante todo, cabe destacar, y es cosa admirable, que la profesora Turner en ningún momento ha descuidado el tema académico: cultivar y fijar la pureza y elegancia de la lengua castellana. Porque promover el estudio y la defensa del idioma en el aula es exponerse a una aventura, es una acción ardua y dificultosa, es una empresa.

Para eso, más que especial empeño, se necesita tener convicción, captación y persuasión.

A todo lo dicho, tenemos que agregar que la profesora Turner, no del todo ajena a las circunstancias, desempeña en estos momentos el cargo de vicedecana de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Panamá, de muy estimable importancia en el ámbito universitario, cargo al que accede por sus propios méritos, y en cuyo desempeño matiza frescura y juventud, talento y competencia, y decoro y buenas costumbres.

Respaldan igualmente a la nueva académica, en el terreno de las realizaciones, toda su labor literaria, lograda muchas veces con demasiado callado empeño, y no poco renunciamiento al derecho natural que se tiene a disfrutar de las relaciones familiares y del ocio. Además de todo eso, se corre también una aventura intelectual a través de la palabra —en verso o en prosa—, pues los que escriben están expuestos a un examen, a un juicio o a una censura.

Para Boileau, ser escritor es siempre un gran riesgo, porque el escritor tiene que elegir entre muchas, las mejores formas. No hay grados que valgan entre lo mediano y lo peor (*“Mais, dans L’art dangereux de rimer et d’écrire il ne point de degrés de mediocre o pire”*, *Art poétique*, «Canto iv»). Aforismo este que en cierto modo se opone a la «aurea mediocritas» de Horacio (dulce medianía). Es que Boileau, teorizador del neoclasicismo, aun en sus obras críticas, era un mordaz satírico. Y Horacio, en cambio, además de ser «el más acabado poeta latino», era un juicioso crítico, humano en el mejor sentido de la palabra, de fina ironía, y un consumado maestro.

No soy muchos años mayor que Isabel, soy muchas decenas de años mayor. Pero nos fui su profesor. Cosa que lamento, porque me vi privado de uno de los placeres que brindan el trato y la experiencia con alumnos brillantes de mente y, en este caso particular, de prudente y natural decoro, que en los ejercicios intelectuales confortan y animan. No obstante, he seguido muy de cerca, como colega y amigo, sus actividades intelectuales, que en carrera ascendente la alientan sin intermisión.

Cumple primero con el estudio de las disciplinas del profesorado en Español en la Universidad de Panamá. Obtiene el título con el primer puesto de honor de la facultad, promoción 1968. Culmina después estos estudios en la Universidad Complutense de Madrid, con el grado de doctorado en FILOLOGÍA románica (1973).

Incitada por ese vehemente deseo de lograr una formación integrante y esencial —integrante en cuanto no carece de nada; esencial en cuanto constituye lo más importante y distintivo—, combina los estudios de lingüística, filología, literatura y gramática, que demandan, en su complejo mundo, selección y capacidad.

Inicia entonces una distinguida carrera docente determinada por el trabajo, característica que la separa con ventaja de lo común. Renovados esfuerzos irán revitalizando constantemente esa difícil y no poco complicada carrera docente, a través de frecuentes publicaciones, conferencias, discursos y asistencia a congresos y mesas redondas, casi todo sobre literatura y gramática.

Siente particular afición por la crítica literaria, pero crítica literaria muy entregada al desarrollo de la literatura panameña. Escudriña en la obra de apreciadas figuras de las letras panameñas recónditos valores literarios. A propósito, recuérdense sus intervenciones durante la Semana de la Literatura Panameña. En una ocasión, entonces, en tono cercano y cálido, emprende con singular acierto la difícil tarea de enaltecer en homenaje público a una colega con palabras parejas en dignidad a los merecimientos reales que aquella ostenta. Repite, en otros casos, igualmente, con mucho lujo, expresiones y conceptos que gradúa con matices de fondo de todo cuanto es susceptible de análisis.

No desaprovecha estas circunstancias para insistir en la importancia que la lengua cumple en la actividad humana toda, la promover, con extrema responsabilidad, dicha función entre sus discípulos, que ven en ella al perito y al técnico como al docente.

Desde sus primeros ensayos críticos, sin prisa, pero no desapercibida de lo necesario, sobre temas nada fáciles por cierto, como la picaresca, género que ni siquiera puede definirse claramente, y cuyo protagonista, el pícaro, extrañamente

artificial: (es de muy “calculado intención artística”, pero que pretende ser espontáneo) nos deleita con sus interpretaciones juiciosas y elegantes, llenas de futuro. Y deja un rastro crítico de desbordante caudal.

En general, para el destino de la lengua nacional, no menos importante resulta el estudio que realiza acerca de la jerga estudiantil en Panamá, porque no poca luz arroja sobre el conflicto que plantea la lengua indócil del estudiante, que no recibe fácilmente ni la enseñanza ni los preceptos establecidos. De igual modo, este nuevo empeño suyo testigo muy puntual será también del ajuste que ha de darse entre el lenguaje especial y familiar, que hablan sin remilgo los estudiantes y otros grupos sociales, y la “palabra bien dicha”. Porque no es menester distribuir circunstanciada y minuciosamente la lengua real para ver en el habla viva, en la jerga, el complemento del idioma, con vocación de perdurar.

No obstante, *es menester* extremar los celos para que no haya temores de que la lengua “se deteriore y se fragmente” a través de ese lenguaje especial. Tomemos, por ejemplo, el caso de los comunicadores sociales, que podrían convertirse en «agentes de deterioro y fragmentación del idioma», si no se cuida el lenguaje. El lenguaje es “un sistema social de relaciones”, dice Dámaso Alonso. Es instrumento y expresión formal de cultura y belleza, además.

Todos los trabajos mencionados revelan igualmente fuerza y alcance, y sobre todo preocupación por la lengua, primero. Según las circunstancias, volverá a tocar estos temas nuevamente, pero con mayor rigor, propiedad y precisión.

En sus conferencias, que se cuentan por decenas, atiende con intenso y riguroso afecto los temas del lenguaje convirtiéndolos una y otra vez para que nada quede a la invención.

De igual manera, en la crítica literaria, las cuestiones principales o más sensibles despuntan con eficacia suma, y sus análisis psicológicos son penetrantes, muy aptos para los matices de fondo que se analizan.

En mesas redondas y otras intervenciones, con sus análisis cercanos, arriesgados y responsables a la vez, ha demostrado —con aliento y bríos— que la crítica es un deber de naturaleza moral e intelectual, que tiene que acercarse sin deshonestos teleobjetivos ni falacias.

“Como expresión de vida que es”, la lengua tendrá en la nueva académica digna e intrépida representación. Igualmente, a la guardiana de su unidad y concienzuda examinadora de una rica diversidad: fundamentos principales en los que estriba y descansa el futuro del español. Somos testigos todos de este tácito juramento que de sus palabras pudimos recoger.

Pero, sobre todo. Nos congratulamos hoy por el ingreso formal, en la Academia Panameña de la Lengua, de Isabel, que, desde ahora, adquiere un serio compromiso con la institución, con la comunidad y con Panamá.

¡Enhorabuena, Isabel!

Gracias.